

Discurso de Barack Obama en el homenaje a Walter Cronkite

Transcripción de las palabras que el presidente de los Estados Unidos dedicó al que fuera presentador de las noticias de la cadena de televisión CBS durante 19 años, Walter Cronkite, fallecido el pasado 17 de julio, conocido como el hombre en quien más confiaban los norteamericanos.

BARACK OBAMA

Lincon Center, Nueva York (EE. UU.).— Para Chip, Kathy y Nancy, que generosamente compartieron a su padre con una nación que le amó; para los amigos de Walter, para sus colegas, para todos aquellos a los que ayudó y para todos los que le consideraron un héroe; para los hombres de *The Intrepid* y para todos los que os habéis reunido hoy (9 de septiembre). Es para mí un honor estar aquí para homenajear la vida y las actitu-

des del hombre que hizo una crónica de nuestro tiempo.

No conocí al señor Cronkite personalmente. Lo lamento más profundamente al conocer las historias que se han compartido hoy aquí. Pero ello no hace que no le conociera mejor que las decenas de millones de personas que le vieron y escucharon cada noche para encontrar la respuesta a una simple pregunta: “¿Qué ha ocurrido hoy?”. Del mismo modo que todos vosotros, me he



EFE

Cronkite, pionero y maestro del periodismo televisivo, informó a los norteamericanos sobre Vietnam, la carrera espacial y los asesinatos de Kennedy y Luther King, entre otros acontecimientos.

beneficiado como ciudadano de su obstinada búsqueda de la verdad, de su defensa apasionada de las noticias objetivas y de su visión de que el periodismo es más que una profesión: es un bien público vital para nuestra democracia.

Incluso en los inicios de su carrera, Walter Cronkite resistió la

tentación de ser el primero en contar una historia para poder contarla bien. Quería ser el primero en contarla, pero entendió la importancia de hacerlo bien. Durante uno de sus primeros trabajos en Kansas City, el director del programa de Walter le urgió para que saliera en antena para informar de un tremendo incendio –y todos hemos oído lo mucho que le gustaban los incendios– en el ayuntamiento, que ya se habría cobrado algunas vidas. Cuando Walter iba a coger el teléfono, su jefe le preguntó: “¿Qué estás haciendo? ¡Sal a antena!”. Walter le contestó que estaba llamando a los bomberos para confirmar la historia. “No necesitas confirmarla –le gritó el director–, ¡mi mujer está viéndolo todo!”. No hace falta decir que hizo la llamada, y aunque el mismo director salió en antena para dar cuenta de la gran tragedia, Walter descubrió que finalmente todo había sido un pequeño fuego que ni siquiera había dejado heridos. Él perdió su trabajo, pero consiguió la historia correcta.

Walter tampoco tenía miedo de enfrentarse a los poderosos, pero nunca se hubiera atrevido a comprometer su integridad. Se llevaba bien con los cargos electos, incluso cuando ambos eran conscientes de los motivos del otro. Un político le comentó una vez: “Walter, amigo, tienes que creerme, el 85% de todo lo que te he dicho hoy es verdad”.

Compartió una relación complicada con los presidentes de ambos partidos, que siempre le querían de su parte, incluso cuando estaban convencidos de que él no lo estaba. El presidente Johnson le llamaba después del informativo, de vez en cuando, para expresarle su descontento sobre cierta noticia. Pero Walter sabía que si recibía duras quejas desde ambos lados estaba haciendo su trabajo.

Me puedo imaginar que su interminable curiosidad venía de una madre que se dedicaba a vender enciclopedias. De niño, Walter pasaba interminables horas perdiéndose en sus páginas, rastreando nuevos e interesantes conceptos que se entrelazaban unos con otros, fascinado por el mundo que le rodeaba y por cómo funcionaba.

Y esa es la manera en que vivió su vida: con curiosidad, explorando nuestro planeta, buscando su sentido y explicándose a los demás. Fue a todas partes e hizo de todo. Competió con coches y barcos; viajó a todos los lugares, desde el Amazonas hasta el Ártico; buceó a 8.000 pies (2.400 metros) bajo el mar; escaló hasta 18.000 pies (5.400 metros) en el Himalaya, y experimentó la gravedad cero más allá de nuestra

atmósfera. Y todo con un objetivo: hacerlo realidad para nosotros.

Y cuando nuestro mundo empezó a cambiar, él nos ayudó a entender esos cambios. Siempre estuvo ahí, contando las guerras que vivió y la Guerra Fría, las manifestaciones y los grandes momentos de la historia, los escándalos y los triunfos. Pausadamente y con autoridad, nos contaba lo que necesitábamos saber. Era una certera visión en un mundo que cada vez era más y más incierto. Él nunca perdió su integridad ni su lenguaje llano ni una forma de hablar que había adquirido en el corazón de América en sus años de formación. Él era una voz familiar y bienvenida que se dirigía a todos y cada uno de nosotros de forma personalizada.

Así, parece que fue inevitable que fuera nombrado el hombre en que más confiaban los americanos. Pero resulta que el título no se lo dio ninguna cadena. Tampoco fue el resultado de una campaña de publicidad. Él se lo ganó. Se lo ganó, año tras año y década tras década, por su esfuerzo metódico, de compromiso con

“¿Qué ha ocurrido hoy?” ha sido reemplazado por “¿Quién ha ganado hoy?”. El debate público se degrada. La confianza del público se quiebra.

valores fundamentales; a partir de su creencia de que los americanos estaban hambrientos de la verdad, sin adornos y desprovista de teatro y espectáculo. Él no creyó en la pobreza intelectual. Confió en nosotros.

Al anunciarle que había alcanzado el extraordinario honor de ser la persona en quien más confiaban los americanos, él naturalmente le restó importancia comentando que no habían preguntado a su mujer. Cuando miembros de ambos partidos trataron de reclutarle en sus filas, sin ni siquiera preguntarle su postura sobre sus programas, él dijo que no, para tranquilidad de sus posibles contrincantes. Y cuando, casi tras 15 años después de su jubilación, todavía encabezaba siete de las ocho categorías de los mejores periodistas televisivos, se mostró incrédulo por no haber ganado la octava categoría, “Los más atractivos”.

Walter estuvo en todos los acontecimientos que luego definieron el siglo XX, en los momentos más dolorosos y en los de mayor esperanza, estuvo ahí para contar la historia de la era americana.

Y así es como le recordamos hoy. Pero también recordamos y celebramos el periodismo que practicó: una mezcla de honestidad, integridad y responsabilidad con el que muchos de vosotros os habéis comprometido en vuestra profesión. Se trata de

un compendio que, hoy en día, no es tan fácil encontrar. Sabemos que es un momento difícil para el periodismo. Aunque crece el apetito por las noticias y la información, las redacciones están cerrando. A pesar de las grandes historias de nuestra era, los periodistas serios se encuentran sin empuje con demasiada frecuencia. Al mismo tiempo que disminuyen las noticias, se reduce lo fundamental de ellas.

Y también con demasiada frecuencia llenamos ese hueco con comentarios apresurados, cotilleos sobre famosos o las historias insustanciales que Walter despreciaba, en vez de hacerlo con las buenas noticias o el periodismo de

investigación que él defendió. “¿Qué ha ocurrido hoy?” ha sido reemplazado por “¿Quién ha ganado hoy?”. El debate público se degrada. La confianza del público se quiebra. No so-

Con demasiada frecuencia, llenamos ese hueco con comentarios apresurados, cotilleos sobre famosos o historias insustanciales.

mos capaces de entender nuestro mundo, ni de entendernos los unos a los otros tal como debiéramos. Y esto tiene consecuencias reales en nuestras vidas y en nuestra nación. Parece como si tuviéramos que elegir entre lo que nos arrebatara lo fundamental y lo que nos daña como sociedad. ¿Qué precio es más alto? ¿Qué coste es más duro afrontar?

Walter dijo: “Esta democracia no puede funcionar sin un electorado razonablemente bien informado”. Esta es la razón por la que el periodismo honesto, objetivo y metódico –que muchos de vosotros perseguís con el mismo entusiasmo con que Walter lo ejerció– es tan importante para nuestra democracia y sociedad: nuestro futuro depende de ello.

Walter no era un idealista ingenuo. Entendió los retos, las presiones y las tentaciones a las que el periodismo se enfrenta en esta nueva era. Él creía que un medio de comunicación tiene la obligación de conseguir beneficios, pero también tiene la obligación de invertir buena parte de esos beneficios en las noticias y en los asuntos públicos. Estaba entusiasmado con la cantidad de noticias que el periodismo tecnológico sería capaz de dar, y con todos los nuevos medios con los que se iban a contar esas historias.

Naturalmente, nos preguntamos cómo hubiera cubierto él las historias colosales de nuestro tiempo. En

Alfredo Vicenti. Vida y obra de un gran periodista

Baldomero Cores. Ediciones APM, asociaciones de la prensa de La Coruña y Santiago de Compostela y Fragua Libros, 2009. 320 páginas.

PVP en la APM:
25 euros / 20 euros para asociados.

**Este periodista, escritor
y político fue el principal
promotor de la creación, a finales
del siglo XIX, de la Asociación de
la Prensa de Madrid.**

un tiempo en que la noticia de que el ayuntamiento está ardiendo puede dar la vuelta al mundo a gran velocidad gracias a Internet, ¿habría efectuado Walter esa llamada para comprobar que era cierto? ¿Habría sido capaz de abrirse paso a través del turbio sonido de los *blogs* y de la mensajería instantánea para sacar a la luz lo más sustancioso? ¿Seguiría ofreciéndonos la perspectiva que tanto valoramos? ¿Habría sido capaz de permanecer como una figura singular en una época en la que lo que impera es un foco de atención cada vez más corto?

De alguna manera, sabemos que la respuesta es afirmativa. Los valores sencillos a los que se consagró Walter Cronkite —perseguir la verdad, mantenernos honestos y explorar nuestro mundo— son ahora más vitales de lo que lo fueron jamás.

Nuestra historia americana continúa. Necesita ser contada. Y si decidimos vivir de acuerdo con el ejemplo de Walter, si nos damos cuenta de que el tipo de periodismo que él representó no se reavivará como parte de un ciclo natural, sino que solo renacerá si nosotros nos

ponemos de pie y lo demandamos y decidimos valorarlo una vez más, así, estoy convencido de que la elección entre beneficio y progreso es falsa y de que volverán los días dorados del periodismo.

Walter Cronkite invitó a una nación a creer en él, y nunca quebrantó esa confianza. Esa es la primera razón por la que muchos de vosotros decidisteis dedicaros a esta profesión. Esa es la razón por la que los valores que él estableció en el periodismo siguen siendo válidos. Y esa es la razón por la que os amó y os apreció a todos vosotros, pero nosotros amamos y apreciamos a Walter no solo porque era el hombre más excepcional sino también porque era un pilar indispensable de nuestra sociedad.

Ahora está reunido con su amada Betsy, mirando las noticias de este

siglo lleno de ilimitado optimismo, y, de vez en cuando, apuntillando los comentarios con un alegre “¡Oh, chico!”. Le estamos agradecidos por transformar e ilustrar nuestro tiempo y por la oportunidad que nos dio para decir sí, nosotros también estuvimos allí. ♦♦

FUENTE: LA CASA BLANCA / TRADUCCIÓN: PATRICIA RAFAEL.

Los valores de Cronkite —perseguir la verdad, mantenernos honestos y explorar nuestro mundo— son ahora más vitales de lo que lo fueron jamás.